

EPÍSTOLA A LOS GÁLATAS

Introducción

La epístola a los Gálatas establece ante nosotros los principales motivos de las luchas y las aflicciones que el apóstol sostuvo en las regiones donde había predicado las buenas nuevas; aquello que era a la vez el medio principal que el enemigo empleaba para corromper el evangelio. Es cierto que Dios, en su amor, ha dado el evangelio para las necesidades del hombre. El enemigo rebaja lo que sostiene un nombre hasta el nivel de la pretenciosa voluntad humana y la corrupción del corazón, convirtiendo el cristianismo en una religión cómoda, en lugar de hacerla la expresión del corazón de un Dios santísimo y la revelación de lo que ha hecho en su amor para traernos a la comunión con su santidad. Vemos, al mismo tiempo, la relación entre la doctrina judaizante —la negación de la plena redención, por parte de quienes eran un tropiezo para la obra apostólica y buscaban en la voluntad humana (que producía su propia justicia delante de Dios) el bien propio y carnal— y los ataques dirigidos constantemente contra el ministerio del apóstol, un ministerio que apelaba de forma directa al poder del Espíritu Santo y a la inmediata autoridad de un Cristo glorificado, y dejaban al hombre arruinado, y el judaísmo, a un lado. Al resistir los esfuerzos de los judaizantes, el apóstol no puede por menos que establecer los elementos principales de la justificación por la gracia. Tanto las huellas de este combate con el espíritu del judaísmo, con el cual Satanás procuraba destruir el verdadero cristianismo, como la preservación que hacía el apóstol de esta libertad y de la autoridad del ministerio, se hallan en múltiples pasajes de las Epístolas a los Corintios, en Filipenses y Colosenses, en Timoteo y en la línea histórica de los Hechos. En Gálatas se tratan los dos temas de una manera directa y formal. Por consiguiente, el evangelio es reducido a sus elementos más básicos, y la gracia a su expresión más sencilla. Con referencia al error, la cuestión no es menos decisiva. La diferencia irreconciliable entre los dos principios, judaísmo y evangelio, obtiene una sólida constatación.

Dios permitió este perjuicio a la asamblea en los albores de su existencia, a fin de que pudiéramos obtener una respuesta de inspiración divina a estos principios, cuando nos fueran revelados dentro de un sistema establecido que demandaba una sumisión de los hijos de Dios, como la Iglesia y el ministerio que él reconocía. El origen inmediato del verdadero ministerio, según el evangelio que Pablo predicaba a los gentiles, y la imposibilidad de unificarlo con la ley, de sujetarlo a los mandamientos legales y de distinguir sus días... la imposibilidad, repito, de unificar la religión de la carne con la del Espíritu, con la libertad santa y celestial a la que somos introducidos por un Cristo resucitado, es un asunto claramente expuesto en esta epístola.

Capítulo 1

Ya desde el inicio, el apóstol comienza a tratar el asunto de la independencia, en cuanto a los demás hombres, del ministerio que ejercía, destacando la verdadera fuente de la que manaba y que recibió sin la intervención en absoluto de ningún instrumento. A fin de demostrar que los gálatas estaban abandonando la fe común de los santos, añade: «todos los hermanos que están conmigo». Al abordar también el tema de su epístola, declara rápidamente que la doctrina que introdujeron los judaizantes entre los gálatas era un evangelio diferente, no en realidad otro.

Empieza declarando que él no es un apóstol ni de hombres ni por hombre. No viene de parte de los hombres como si fuera enviado por ellos, y de nadie recibió esta comisión, excepto de Jesucristo y de Dios Padre, que le levantó de los muertos. En el camino de Damasco fue comisionado por Jesucristo; y por el Padre, según creo, cuando el Espíritu Santo dijo: «apartadme a Bernabé y a Pablo». Habla así para llevar el origen de su ministerio a la principal

fuente de todo bien verdadero y de una autoridad legítima¹. Desea a toda la asamblea, como de costumbre, gracia y paz de Dios en Su carácter paterno, y de Jesús en Su carácter de Señor. Añade al nombre de Jesús lo relativo a ese carácter evangélico que los gálatas habían perdido de vista, concretamente que Cristo se dio a sí mismo por nuestros pecados para poder liberarnos de este presente siglo malo. El hombre natural, en sus pecados, pertenece a este siglo. Los gálatas deseaban volver a él con el pretexto de una justicia según la ley. Cristo se había entregado por nuestros pecados para liberarnos de ellos, puesto que el mundo está juzgado. Viéndolo desde un punto de vista carnal, nosotros somos del mundo; ahora bien, la justicia de la ley tiene que ver con el hombre carnal. Es él quien tiene que cumplirla, pues la carne tiene su esfera de acción aquí. La justicia que el hombre cumplía en la carne estaba motivada por los elementos mundanos. La justicia legal, el hombre carnal y el mundo van de la mano, mientras Cristo, que nos considera unos pecadores sin justicia, se ha dado por nuestros pecados y nos ha liberado de un mundo condenado donde los hombres intentan establecer la justicia poniéndose en el terreno de la carne, pero nunca podrán lograrlo. Esta liberación se lleva también a cabo según la voluntad de nuestro Dios y padre. Él quiere tener un pueblo celestial, redimido según ese amor que nos ha dado un lugar consigo, en lo alto, y una vida en la que el Espíritu Santo actúa para hacernos disfrutar y caminar en la libertad y santidad que nos ofrece en la nueva creación, de la que Cristo, resucitado y glorificado, es cabeza y gloria.

El apóstol comienza su asunto sin más preámbulos: estaba hastiado del estado de los gálatas apóstatas del evangelio, que le forzaron a hablar, si puedo decirlo, con un corazón airado. ¿Cómo era posible que le hubieran abandonado tan rápidamente, a él, que los había llamado conforme al poder de la gracia de Cristo, y ellos en cambio habían escogido un evangelio diferente? Fue por este llamamiento divino que tuvieron parte en la libertad gloriosa y en la salvación que se cumple en el cielo. Por la redención que Cristo había cumplido, y la gracia que nos hace de su propiedad, ellos gozaban de la dicha cristiana y celestial. Y ahora se estaban volviendo a un testimonio completamente distinto; un testimonio que no era otro evangelio ni una buena nueva sobre la verdad. Solo confundía sus mentes la perversión que hacían del verdadero evangelio: «mas —dice el apóstol reiterando sus palabras sobre este asunto— si aun nosotros, o un ángel del cielo (o Pablo mismo) os anuncia otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema». Fijémonos bien que Pablo no iba a tolerarles ningún añadido a lo que él les había predicado.

No negaban formalmente a Cristo, solamente deseaban añadir la circuncisión al evangelio que el apóstol predicaba, el cual ya estaba completo. Nada podía añadirse sin alterarlo, y ni decir tiene que no sería un evangelio perfecto si añadiéndole algo que no fuera de su naturaleza se conseguía corromperlo. La completa revelación de Dios era la que Pablo les había enseñado. En sus enseñanzas, completó el círculo de la doctrina divina, por lo que intentar añadir a esta doctrina era negar su perfección, dando como resultado una corrupción tras la alteración de su carácter. El apóstol no está hablando de una doctrina claramente contraria a este evangelio, sino de lo que queda fuera de él y de lo que les predicó. Por tanto, dice que no puede haber otro evangelio, un evangelio diferente que hable de otras nuevas distintas de las que él había hablado. Es una corrupción del auténtico y con ellas atemorizaban a las almas. Por amor a ellas, el apóstol anatematizaba a quienes los hacían desviarse de la verdad perfecta que él había predicado. Era el evangelio del mismo Dios. Todo lo demás era satánico. Si el propio Pablo lo había traído, que fuera él entonces el anatema. El puro y completo evangelio se había anunciado en el nombre de Dios, y afirmaba sus derechos sobre todo aquello que aparentara vincularse con él. ¿Quería satisfacer Pablo las mentes de los hombres con su evangelio, o solo intentaba complacerlos? De ninguna manera, porque de lo contrario no sería un siervo de Cristo.

¹ El clero propiamente llamado admitiría sin dificultad «no de hombres», pero no podría admitir «ni por hombre». Socavaría la misma raíz de su existencia. Se jactan de que su estirpe procede de un hombre, aunque queda bastante claro que no de san Pablo, el verdadero ministro de la asamblea, por lo que siguen insistiendo en que es Pedro, el apóstol de la circuncisión. Sin embargo, Pedro no fue el apóstol de los gentiles, y por lo que sabemos nunca fue enviado a ellos.

Capítulo 2

Luego repasa delante de ellos su ministerio y la cuestión de si los hombres tenían algo que ver con el mismo. Su evangelio no era según hombre, pues no lo había recibido de los hombres. No había sido enseñado por nadie. Lo que poseía era suyo por la inmediata revelación que le hizo Jesucristo. Y cuando Dios, que desde el vientre de su madre le dispuso aparte y le llamó por gracia, se complació en revelarle a su Hijo, esta revelación adquirió un poder especial. No consultó con nadie ni se lo comunicó a otros apóstoles, sino que actuó independientemente de ellos, enseñado directamente por Dios. Hasta que no pasaron tres años no conoció a Pedro, y más tarde a Santiago. Las iglesias de Judea no le conocieron personalmente; solo glorificaban a Dios por la gracia que le había sido otorgada al apóstol. Además, estuvo quince días en Jerusalén, desde donde salió hacia Siria y Cilicia. Catorce años después volvió a Jerusalén —según nos dice Hechos 15— con Bernabé, y se llevó con él a Tito. Siendo este un gentil, no estaba circuncidado, prueba evidente de la libertad que el apóstol sostenía públicamente. Fue una decisión sincera de su parte dilucidar la cuestión entre él y los cristianos judaizantes. Subió hasta allí por causa de los falsos maestros que intentaban espiar la libertad en la que Pablo (que la gozaba por el Espíritu) introducía a los creyentes; y subió en virtud de una revelación.

Vemos también que las comunicaciones divinas pueden actuar como guía interna de nuestra conducta, aunque cedamos a los motivos que otros nos presentan. En Hechos 15 tenemos la historia oficial; aquí, la que gobernaba el corazón del apóstol. Con el objeto de que toda la cuestión relativa a la circuncisión fuese solventada en Jerusalén, y se callaran las voces que negaban la unidad, Dios no dejó que el apóstol tomara el liderazgo en Antioquía o dispusiera, *in situ*, el camino de la asamblea formada en aquel lugar. Tampoco le permitió que retuviera sus propias convicciones, sino que le obligó a subir a Jerusalén y comunicar al apóstol principal lo que él enseñaba, de modo que hubiera un testimonio comunicativo sobre este punto importante, que pudieran reconocer que Pablo era enseñado por Dios, además de ellos, y aceptaran el ministerio que les enviaba, con el que, como todos, actuaba de parte del cielo. La evidencia de que lo comunicó fue que reconocieron la gracia divina y su ministerio para los gentiles, por lo que le dieron a él y a Bernabé la mano derecha de comunión. Si hubiera subido allí mucho antes, sin importar demasiado el conocimiento que hubiese tenido, las pruebas de su ministerio especial e independiente no habrían existido. Pero había trabajado durante muchos años y producido fruto sin recibir ninguna misión de los otros apóstoles, por lo que tuvieron que reconocer su apostolado como un don divino y directo, y las verdades divinas que había comunicado. Las pruebas estaban allí; Dios reconocía el apostolado de Pablo porque se lo había dado. Los doce no tenían más que reconocerlo también, si aceptaban a Dios como la fuente de estos excelentes dones. Pablo era un apóstol divino sin interferencia de hombre. Podían aceptar su ministerio y con él al Dios que les había dado lo que ellos mismos estaban ejerciendo.

Pablo actuaba siempre de forma independiente para el cumplimiento de su misión. Cuando Pedro llegó a Antioquía, le resistió cara a cara porque era culpable. Pablo no era ningún superior ante el que debieran mantener un respetuoso silencio sus subordinados, pero aunque el Señor hubiera obrado poderosamente en Pedro, su compañero en el apostolado no podía permitir que el evangelio que le fue confiado se falseara. Lleno como siempre de ardor, al pobre Pedro le preocupaban demasiado las opiniones de los demás, pero ahora bien, la opinión que prevalece en el mundo es la que tiende a influenciar el corazón humano. Es el tipo de opinión que normalmente otorga gloria al hombre carnal. Enseñado desde arriba, y lleno del poder del Espíritu, Pablo recibió la revelación de la gloria celestial que le hizo sentir que todo lo que exaltaba la carne oscurecía aquella gloria y falseaba el evangelio que la declaraba. Vivía y se movía, en lo moral, dentro de la nueva creación con un Cristo glorificado en el centro, consciente de las cosas que no se ven, con igual firmeza y expresión enérgica, solidez y discernimiento

porque vivía comprendiendo las cosas espirituales y celestiales. Pablo, para quien ganar a Cristo glorificado lo era todo, ve claramente el camino carnal del apóstol de la circuncisión. Ningún hombre le detiene en su cometido, pues está ocupado con Cristo, su todo, y con la verdad. Sin importarle qué posición pudieran sostener algunos en la asamblea, no era indulgente con nadie que invalidara esta verdad.

Pedro intentó actuar con disimulo. Mientras estuvo solo, donde prevalecía la influencia de la verdad celestial, comía con los gentiles rodeado de la reputación de caminar con la misma libertad que los demás. Pero cuando de Jerusalén (donde él tenía su residencia, y la carne religiosa todavía su poder y costumbres) llegaron ciertas personas enviadas por Santiago —bajo la paciente bondad de Dios—, no se atrevió más a usar una libertad que condenaban estos cristianos, que todavía eran judíos de sentimientos, y se retiró. ¡Qué pobre cosa son los hombres! Y nosotros tan débiles, ante la importancia que nos damos delante de ellos. Cuando no somos nada, podemos hacerlo todo donde la opinión humana entra en juego. Al mismo tiempo, ejercemos una indeseable influencia en los demás a medida que ellos nos influyen a nosotros, con lo cual cedemos terreno al deseo de nuestro corazón de querer mantener una cierta reputación: toda la fama ganada, aun con nobles maneras, se convierte en un instrumento del mal². Temeroso de los que llegaron de Jerusalén, Pedro arrastra a los judíos, y también a Bernabé, con su intento de disimulación.

Con energía y lleno de piedad, solamente Pablo permanece justo en virtud de la gracia. Reprende a Pedro delante de todos. ¿Por qué obligar a los gentiles a que vivan como judíos para que disfruten la plena comunión cristiana, cuando él, siendo judío, se sentía con libertad de vivir como los gentiles? Judíos por naturaleza, no pobres pecadores de los gentiles, habían abandonado la ley como medio de ganarse el favor de Dios y se refugiaron en Cristo. Si estaban intentando reconstruir el edificio de las obligaciones legales para ganar la justicia, ¿por qué lo habían derribado? Actuando así solo se hacían transgresores de haberlo tirado al suelo. Y con más razón, cuando al acudir a Cristo —como intercambio por la eficacia que antes suponían que existía en la ley como medio de justificación— cesaron de buscar la justicia legal, él se convertía en un ministro del pecado y ¡Su doctrina los hacía transgresores! Al reconstruir el edificio legal, dejaban claro que no debieron haberlo derribado, y fue Cristo quien los llevó a pensar así.

Qué resultado de la debilidad humana, que al querer agradar a los hombres había vuelto a las cosas que satisfacían la carne. ¡Poco pensó Pedro en ello, y poco se lo imaginan ahora los cristianos! Confiar en los mandamientos es confiar en la carne; mas no hay mandamientos en el cielo. Cuando Cristo lo es todo, no puede llegarse a esta conclusión. Él estableció los mandamientos para distinguir a su pueblo del mundo con aquello que, por una parte, significaba que no eran de él y estaban muertos, a efectos prácticos, en lo que al mundo respecta, y por otra los congregaba en la unidad de Su cuerpo sobre la única base que puede unirlos a todos: la de la cruz y la redención cumplida. Pero en lugar de usar estos mandamientos con acción de gracias, según es Su voluntad, confiamos en ellos y nos olvidamos de la plenitud y la suficiencia de Cristo, para edificarnos en la carne, que se ocupa de los mandamientos, y obtenemos su fatídico sostén junto con un velo que oculta al perfecto Salvador, de cuya muerte, como la de este mundo y del hombre que vive en la carne, nos hablan tan claramente. Confiar en las ordenanzas cristianas es negar precisamente la preciada y solemne verdad que nos presentan: que no existe ya una justicia de la carne, dado que Cristo murió y resucitó.

Esto lo sentía profundamente el apóstol, y fue llamado a esclarecerlo ante los ojos y conciencias de los hombres por el poder del Espíritu Santo. ¡Cuántas aflicciones y conflictos le acarreó esta tarea! La carne del hombre gusta de ganarse favores, pero no soporta ser tratada como vil e incapaz de hacer el bien, que sea excluida y condenada a la nada, y no por algún esfuerzo realizado por anularse, lo que le restauraría todo su valor, sino mediante una obra que la reduzca a su verdadera y nula medida, que es lo que ha hecho pronunciar sobre ella el juicio

² Es de suma importancia destacar que la mundanería, o cualquier cosa que se permite sobre lo que no es divino, por la acción de un hombre fiel, transfiere el peso de la piedad al mal tolerado.

absoluto de la muerte, de manera que al ser convencida de su persistente pecado no puede por menos que estar silenciada. Si actúa, será para hacer el mal. Su sitio es el de estar muerta, no otro. Tenemos tanto el derecho como el poder de considerarla así, porque Cristo ha muerto y nosotros vivimos en su nueva vida. Vivificado en él, trato la carne como muerta y no soy su deudor. Dios ha condenado el pecado en la carne, pues su Hijo vino en la semejanza de carne de pecado y por el pecado. Este es el gran principio de que estemos muertos con Cristo y que el apóstol expone al final del capítulo (reconociendo, en primer lugar, la fuerza que tiene la ley para introducir la muerte en la conciencia). Descubrió que estar bajo una ley era verse condenado a morir. Había experimentado en espíritu el valor expresivo de este principio, tras ser su alma consciente de la todopoderosa muerte. Él estaba muerto, y por tanto lo estaba a la ley. El poder de la ley no tiene más efectividad después de la vida, y una vez muerta su víctima, no tiene dominio sobre ella. Pablo reconocía esta verdad, y al atribuir todo su valor al principio legal confesó estar muerto a la ley, pero... ¿de qué manera? ¿Tal vez porque padecía las eternas consecuencias de haberla transgredido, dado que, si la ley mataba, también condenaba? Por supuesto que no. Era otra cosa. No negaba la autoridad de la ley; reconocía en su alma el poder que tenía, pero la consideraba muerta para vivir para Dios.

¿Dónde encontraba el apóstol esta vida cuando la ley lo estaba matando? Lo explica a continuación. Visto desde su posición de responsabilidad, él no moría aunque estuviera expuesto a las últimas consecuencias de un quebrantamiento de la ley. Cristo había sido crucificado. Aquel que sufrió la maldición de la ley divina y la muerte permanecía vivo en la santa y poderosa vida que nada podía eliminar, por lo que era imposible que la muerte le hubiera retenido (aunque sí la experimentó por gracia). Pero el apóstol, al que esta misma gracia había alcanzado, se reconocía, según verdad, un pobre pecador sujeto a muerte y bendecía al Dios que le concedió la gracia de la vida y de la libre aceptación en Cristo, pues había sido asociado, en los consejos divinos, con él en Su muerte, la cual ahora comprendía y que por fe era una realidad gracias a Cristo, que murió y resucitó. Pablo fue crucificado con él, de modo que la condenación de la muerte se alejó del apóstol. Fue a Cristo que la muerte alcanzó bajo la ley, pero también al Pablo pecador en la Persona de quien se dio en conciencia por él, y de hecho, por Saulo, produciendo la muerte del viejo hombre y revocando sus derechos (cf Ro 7:9,10). La vida a la que se vinculaba el dominio de la ley había llegado a su fin en la cruz³. No obstante, vivía; no él, sino Cristo, en esa vida con la que el Señor resucitó de entre los muertos; vivía en el apóstol. Así, el dominio legal desapareció —aunque atribuyese a la ley su poder— porque él estaba relacionado con la vida que le llevaba a reconocerse muerto en Cristo, quien a este propósito había pasado realmente por ella. Vivía en esta santa y poderosa vida con la misma energía empleada por Cristo para resucitar de los muertos y llevar la maldición legal. Consideraba muerta la corrompida vida de su carne y su vida marcaba su personalidad, su modo de ser, desde el mismo origen del que provenía.

La criatura debe tener un objeto para el que vivir, y así era para el alma de Pablo. Por la fe de Jesucristo vivía. El Cristo que era la fuente de su vida, y su misma vida, era también el objeto. Esto es lo que caracteriza al Cristo vital en nosotros: él, y solo él, es el objeto de esta vida. El hecho de que sea su muerte amorosa la que nos dio esta vida libre de pecado, haciéndola nuestra, reviste ante nosotros todo el amor que nos ha demostrado el Hijo de Dios. Vivimos por la fe del Hijo, que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros. Aquí se trata de la vida del individuo, de la fe personal que une a Cristo y lo muestra como el objeto apreciado de una fe íntima en el alma. Entonces la gracia divina no es frustrada, pues si se estableciera la justicia sobre el principio legal, Cristo habría muerto en vano y estaríamos tratando de guardar los mandamientos para alcanzar la justicia en nuestras personas.

³ Cristo había llevado también sus pecados; pero este no es el punto que estudiamos aquí, sino el control que la ley ejercía en él mientras vivía.

Capítulo 3

Qué pérdida más irremediable supone no tener a Cristo, como nosotros le hemos conocido: por la gracia; la justicia y el amor del Hijo de Dios, nuestra porción y vida, en devoción, por nosotros y hacia nosotros. Esto es lo que en realidad despierta los profundos sentimientos del apóstol: «¡oh gálatas insensatos, ¿quién os fascinó?!». Cristo había sido presentado ante sus ojos crucificado. La insensatez parecía ser todavía más sorprendente cuando pensamos en lo que ellos habían recibido, lo que disfrutaban con el evangelio y sus sufrimientos a causa del mismo. ¿Habían recibido el Espíritu por las obras hechas sobre el principio legal, o a través de un testimonio recibido por fe? Si habían empezado con el poder del Espíritu, ¿continuarían hasta alcanzar la perfección con la miserable carne? Habían sufrido por el evangelio, el evangelio puro y no adulterado por el judaísmo y la ley, pero ¿había sido todo en vano? Quien les ministraba el Espíritu y obraba milagros entre ellos, ¿lo hacía a través de las obras basadas en el principio legal o con un testimonio recibido por fe? Pese a que Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia, se trataba de un principio establecido divinamente y del padre de quienes poseían fe. Por tanto, quienes por gracia se situaban sobre el principio de la fe eran hijos de Abraham. Anticipando la Escritura de que Dios iba a justificar a los gentiles por medio de la fe, se predicó al patriarca este evangelio: «serán benditas en ti todas las familias de la tierra».

La epístola es elemental por necesidad, puesto que los gálatas estaban apartándose del fundamento y el apóstol insiste en este punto. Los principios fundamentales de la epístola están relacionados con la presencia conocida del Espíritu, una promesa según la gracia, en contraste con la ley y opuesta a ella. Cristo es la consumación de la promesa, y la ley se introduce más adelante. Los gentiles eran entonces herederos con Cristo, el único y auténtico Heredero de las promesas, por lo que los judíos obtenían la posición de hijos.

Tenemos el principio sobre el que Abraham se sustentaba delante de Dios, y la declaración de que era en él que los gentiles habían de ser bendecidos. Los que están sobre el principio de la fe son bendecidos con Abraham, el creyente, mientras que la ley pronuncia una rápida maldición sobre los que no la guardan en cada uno de sus puntos. Este uso de Dt 27 ya lo consideramos en otro lugar. Las doce tribus fueron divididas en dos grupos de seis, uno para anunciar la bendición, y el otro la maldición, donde solamente son anunciadas maldiciones y se omiten totalmente las bendiciones. Solo quiero sacar a colación un incidente vivido por el apóstol para mostrar el carácter que tenía realmente la ley. Las Escrituras ponen muy de relieve que no son sus obras las que justifican, ya que nos dice «el justo vivirá por el principio de la fe». La ley no se sostenía sobre este principio, y quien estaba cumpliéndola vivía por ella. ¿No tenía que mantenerse la autoridad de la ley enviada por Dios? Desde luego que sí, pero Cristo llevó su maldición tras haber redimido y liberado a los que, sujetos a la sentencia legal, habían creído en él, a fin de que la bendición abrahámica alcanzara a los gentiles y todos los creyentes, judíos y gentiles, recibiesen el Espíritu prometido.

Cristo ha agotado para el creyente, que antes estaba sujeto a la ley y era culpable de transgredirla, la maldición que pronunció sobre los culpables. La ley que distinguía a Israel perdió su poder para el judío que creía en Jesús, por el mismo hecho de que ofrecía el más chocante testimonio de su autoridad. La barrera ya no existía, y la anterior promesa de la bendición podía fluir libremente —de acuerdo con los términos que se le dieron a Abraham— hacia los gentiles y canalizada por Cristo, quien había eliminado la maldición que la ley conllevaba para los judíos. Tanto ellos como los gentiles que creían recibían el Espíritu Santo, el tema de las promesas divinas en tiempo de bendición.

Tras tocar este punto, el apóstol pasa a tratar, no el efecto de la ley en la conciencia, sino la relación mutua que existía entre la ley y la promesa. Esta se dio primero, pero también fue confirmada; y si se hubiera confirmado de forma solemne con convenio humano, tampoco podría quitarse de ella ni añadirse. Dios hizo un compromiso con Abraham acerca de la promesa 430 años antes de la ley, habiendo confiado, por decirlo así, la bendición de los gentiles en sus

manos (Gn 12). Esta promesa fue confirmada solo a su simiente⁴; no a las simientes, sino a *la Simiente*, que es Cristo. Ningún judío negaría este último punto. Llegando la ley después de mucho tiempo, no podía anular la promesa formulada con tanta solemnidad y confirmada anteriormente por Dios para dejarla sin efecto. Porque si la herencia se hallara en el principio de la ley, no lo estaría en el de la promesa; sin embargo, Dios se la pasó a Abraham con esta última. ¿Para qué sirve la ley cuando se ha dado la promesa inmutable y la herencia como su objeto, si aquella no tiene ya poder para cambiarla? Hay otra cuestión entre el alma y Dios, o si lo preferís, entre Dios y el hombre, y se trata de la justicia. La gracia que elige conceder la bendición y la promete de antemano, no es la única fuente de bendición para nosotros. La cuestión de la justicia debe quedar resuelta con Dios, así como el pecado y la culpabilidad humana.

La promesa incondicional a Cristo no suscitaba la cuestión de la justicia. Sí era necesario que surgiera, exigiendo ante todo la justicia del hombre, responsable ante Dios de producirla y de caminar en ella. El hombre debería haber sido justo delante de él, pero entró el pecado y después se introdujo la ley, que lo puso todo de manifiesto. Este pecado estaba presente y la voluntad humana se mostraba rebelde contra Dios. La ley concitaba la energía de esta voluntad manchada y su profundo desprecio hacia lo divino, cuando saltaba por encima de la barrera de la prohibición levantada entre ella y sus deseos.

La ley fue añadida para que hubiera transgresiones, no para que hubiese pecado, y que fueran las transgresiones las que alcanzaran las conciencias de los hombres y fueran llevados a sentir en sus negros y descuidados corazones la sentencia de muerte y la condenación. La ley se introdujo entre la promesa y su cumplimiento, con el fin de que la verdadera condición moral del hombre se manifestara. Las circunstancias que se dieron para esta ley hacían obvio que no era en absoluto el medio de hacer cumplir la promesa, sino de emplazar al hombre en un terreno totalmente distinto donde podía conocer más de sí mismo, al tiempo que le hacía entender la imposibilidad de estar cerca de Dios como responsable por sus actos. Dios hizo una promesa incondicional a la simiente de Abraham, la cual llevará a un cumplimiento ineludible, pues él es Dios. Pero en la comunicación de esta ley no hay nada inmediato ni directo, es ordenada por la acción de los ángeles. No es Dios quien, cuando habla, lo hace mediante su Palabra a la persona a cuyo favor tiene que cumplir esta promesa. Los ángeles de la gloria, que no tenían parte en las promesas —dado que fueron ellos quienes brillaron en la gloria del Sinaí (cf Sal 68)— dispusieron, por voluntad divina, la proclamación de la ley con el esplendor de su dignidad. Pero el Dios de los ángeles y de Israel se mantuvo al margen, oculto en su santuario de nubes, fuego y espesa oscuridad. Estaba rodeado de gloria, haciéndose temible en su esplendor, pero no se manifestó. Él dio la promesa y un mediador trajo la ley. La existencia de un mediador concibe necesariamente dos partes. Dios era uno, y la ley el fundamento de toda la religión judía. Había otro del cual dependía la seguridad del pacto acordado en el Sinaí. De hecho, Moisés subió y bajó de allí llevando las palabras de Jehová a Israel, así como la respuesta del pueblo, que se comprometía a cumplir lo que Jehová impuso como condición para disfrutar el efecto de Su promesa.

⁴ Se tiene que leer «es a Abraham que la promesa fue hecha, y a su simiente», no «a Abraham y su simiente». Las promesas que hablan de las bendiciones temporales de Israel se hicieron a Abraham y a su descendencia, con el añadido de que esta sería como la multitud de las estrellas. Pablo no habla de las promesas a los judíos, sino de la bendición a los gentiles. Esta promesa de bendición se hizo solo a Abraham —sin mencionar a su simiente, como dice aquí el apóstol (cp 22)— y a la persona de Isaac, tipo del Señor Jesús ofrecido en sacrificio y resucitado de los muertos. Así fue confirmada la promesa, no en Cristo, sino a Cristo, la verdadera semilla de Abraham. Sobre este hecho se le confirmaron las promesas, de lo que depende todo el argumento apostólico. La importancia del hecho del tipo, en el sentido de que no fue hasta después del sacrificio y resurrección de Isaac que se le confirmó la promesa, es evidente. Huelga decir que lo que aseguraba esta figura era la promesa a David, pero al mismo tiempo la pared intermedia de separación fue derribada, pudiendo llegar hasta los gentiles la bendición y, dicho sea de paso, hasta los judíos, en virtud de la expiación de Cristo. El creyente, justicia de Dios en él, es sellado con el Espíritu Santo que fue prometido. Una vez consciente del significado de Génesis 12 y 22, en lo relativo a las promesas de bendición a los gentiles, se ve con más claridad el fundamento en el que se sostiene el argumento del apóstol.

«Si dais oído a mi voz [...]». «Todo lo que Jehová ha dicho, haremos», contestó Israel por medio de Moisés. ¿Cuáles fueron los resultados? Con gran ternura, el apóstol, por lo que veo, no contesta la pregunta y no se ven las inevitables consecuencias de su argumento. Su objeto pretendía demostrar la diferencia entre la promesa y la ley sin necesidad de herir el corazón de un pueblo al que amaba. Por el contrario, procura evitar cualquier ofensa derivada de sus palabras desarrollando más adelante su tesis. ¿Era la ley contraria a las promesas divinas? Por descontado que no. Si se dio una ley para que transmitiera la vida, entonces la justicia —pues este es el tema en este pasaje— hubiera sido por la ley. Poseyendo el hombre vida divina, habría sido justo en la justicia que hubiera cumplido. La ley prometía la bendición de Dios en cuanto a la obediencia del hombre: si al mismo tiempo hubiera sido ofrecida la vida, esta obediencia habría tenido lugar entonces y se habría cumplido la justicia sobre la base legal. Quienes recibieron la promesa habrían gozado de su cumplimiento en virtud de su propia justicia; pero al contrario de lo que cabría esperar, después de todo, el hombre, judío o gentil, es pecador por naturaleza. Sin la ley es un esclavo de sus pasiones desatadas; bajo ella, demuestra su fuerza quebrantándola. La Escritura ha encerrado todo bajo pecado para que esta promesa, por la fe en Jesucristo, fuera cumplida a favor de los que iban a creer.

Antes de llegar la fe —esto es, la fe cristiana como principio de relación con Dios, y antes de que la existencia de sus verdaderos objetos de fe en la Persona, obra y gloria del Cristo humano fuera el medio de establecer la base del evangelio—, los judíos eran guardados bajo la ley y reclusos en ella con la intención de poder disfrutar de este privilegio futuro. La ley era para ellos un tutor hasta la llegada de Cristo, con el propósito de ser justificados por el principio de la fe. Mientras, no se quedaban sin el control divino, pues eran guardados de las naciones, no menos culpables que ellos, pero separados para una justificación, cuya necesidad se hacía evidente por la ley que no podían cumplir y que demandaba justicia por parte del hombre, mostrando que Dios la exigía. Una vez venida la fe, aquellos que hasta entonces estaban sujetos a la ley y atados a ella, no permanecieron más bajo su tutela. La fe situó inmediatamente al hombre en presencia de Dios e hizo del creyente un hijo del Padre de la gloria. No cedía más lugar a la guía del tutor durante el tiempo de crecimiento de quien ahora tenía una relación libre y directa con el Padre.

El creyente, pues, es un hijo con un vínculo inmediato con el Padre, con Dios. Es hijo porque todos los que han sido bautizados para tener parte en los privilegios cristianos se han revestido de Cristo. No están ante Dios como judíos o gentiles, enyugados o liberados, varones o mujeres; están ante él conforme a su posición, siendo una sola cosa, y Cristo la única medida en común en esta relación divina. Esto es lo que él era, como ya vimos: la Simiente única de Abraham, y si los gentiles estaban en Cristo eran introducidos, como consecuencia, en esta privilegiada posición: ellos eran en él la simiente abrahámica y los herederos según la promesa hecha a esta simiente.

Capítulo 4

Por tanto, la posición relativa del judío, aunque fuera fiel, antes de la venida de Cristo, y del judío y gentil creyentes cuando Cristo fue revelado, se expone con claridad. En el comienzo del capítulo 4 el apóstol hace un resumen de lo que ya dijo. Compara al creyente antes de la venida de Jesús con un menor que no tiene una relación directa, en cuanto a la forma de pensar, con su padre, pero acata sus órdenes sin rebatirlas, como un siervo cuando las recibe. Está bajo tutores que le guían hasta el tiempo estipulado por el progenitor. Lo mismo los judíos, que aunque eran herederos de las promesas, no estaban en relación con el Padre y sus consejos en Jesús, sino que eran tutelados en cuanto a los principios de un sistema mundano, que no es sino la creación caída y corrupta. Dentro de él, su camino estaba ordenado por Dios, pero nada más lo afectaba. Hablamos del sistema por el que eran guiados, sin importar cuál fuera la medida de luz que recibieran de vez en cuando y les revelara el cielo para infundirles esperanza, mientras

el sistema con cuya norma caminaban se volvía más oscuro. Bajo la ley, herederos como eran, estaban todavía en esclavitud, pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo como un acto que emergió de su bondad soberana para el cumplimiento de sus eternos consejos y la manifestación de todo su carácter. Fue Dios quien lo hizo y así actuó. La ley demandaba una acción del hombre, y manifestaba en él justamente lo contrario de lo que debería haber sido. El Hijo divino, en cambio, viene de Dios y no necesita nada. Se manifiesta en el mundo en relación con los hombres y bajo un doble aspecto humano: nace de una mujer y en la ley.

Si el pecado y la muerte entraron por la mujer, Cristo vino a este mundo también por medio de mujer. Si por la ley los hombres están condenados, Cristo se sujeta a la ley. Con esta doble faceta asume en gracia, y sin pecado, el lugar donde el hombre se encuentra, pero con la responsabilidad propia que él mismo ha resuelto tomar. El objeto de su misión va más allá de la manifestación de su Persona humana inmaculada, en medio del mal y con un completo conocimiento de él y del bien. Vino a redimir a los que estaban bajo la ley para que los creyentes, sean quienes fueran, pudiesen recibir la adopción. Que los creyentes gentiles fueron admitidos para compartir la adopción lo demostraba el hecho de que el Espíritu había sido enviado y los hacía exclamar *Abbá, Padre*. Como hijos, Dios lo había enviado a su corazón y al de los judíos sin distinción. El gentil, un extraño en la casa, y el judío, que como menor no se diferenciaba en nada de un siervo, tomaron sendas posiciones filiales en una relación directa con el Padre, afianzada y atestiguada por el Espíritu Santo como resultado de la redención efectuada por el Hijo en nombre de ellos, necesaria tanto para el judío en la ley como el gentil en sus pecados. Pero su eficacia era tal que el creyente no era siervo, sino hijo, y también un heredero de Dios por Cristo. Los gentiles habían estado antes sujetos a servidumbre, no a la ley, sino a lo que por naturaleza no era divino. No conocían a Dios y permanecían esclavizados a todo lo que hacía jactancia del nombre divino, lo que cegaba los corazones de los hombres alejados de Aquel que es el verdadero Dios y de su conocimiento.

Pero ¿qué hacían ahora estos gentiles cristianos? Deseaban estar otra vez en esclavitud y someterse a estos elementos de desgracia, mundanos y carnales, a los que habían estado anteriormente sujetos. Estas cosas, que formaban la religión del hombre carnal, sin ningún pensamiento moral o espiritual, robaban la gloria debida a Dios y la trasladaban a las ordenanzas que los incrédulos y paganos llamaban dogma.

Como figuras que Dios empleaba para dar un testimonio previo de las realidades que hay en Cristo, tenían todo su valor. Él sabía cómo reconciliar la utilización de estos tipos, provechosos para la fe, con un sistema religioso que probaba al hombre en la carne y servía para responder a la pregunta de si con cada clase de ayuda era capaz de permanecer delante de Dios y servirle. El regreso a estas ordenanzas carnales, cuando Dios había demostrado la ineptitud del hombre para justificarse delante de él, significaba la vuelta a una posición sin un mandato divino que la aprobara. Era volver al terreno de idolatría, es decir, a una religión adoptada por el hombre y sin ninguna autoridad divina, que en modo alguno garantizaba una relación con Dios. Las cosas hechas en la carne no tenían ciertamente este efecto. «Seguís observando los días, los meses, las estaciones y los años». Esto lo hacían los paganos con su humana religión. El judaísmo era una religión ordenada por Dios, pero al querer volver a ella cuando la ordenanza no estaba ya en vigor, lo que en realidad hacían era regresar al paganismo del que fueron llamados y pretender tener parte con Cristo en las cosas celestiales.

Nada es más estimulante que esta declaración de lo que es el ritualismo después de la cruz. Es, sencillamente, paganismo, la vuelta a la religión humana cuando Dios ya había sido plenamente revelado. «Me temo —dice el apóstol— que haya trabajado en vano con vosotros». Le echaban en cara que no fuera un judío fiel a la ley y sí capaz de ignorar su autoridad. «Os ruego, hermanos, que os hagáis como yo, porque yo también me hice como vosotros, esto es, libre de la ley; ningún agravio me habéis hecho». Luego les recuerda su agujijón en la carne, una circunstancia a la que supo adaptarse y le hizo estar conformado en su ministerio; además, ellos le habían recibido como un ángel, como Jesucristo. ¿Qué había sido de esa bendición? ¿Se convirtió el apóstol en su enemigo porque les había contado la verdad? El celo era algo bueno,

y si tenía por objeto cumplir un buen propósito deberían haber perseverado en él, no demostrarlo solo cuando Pablo estaba con ellos. Estos nuevos maestros estaban muy entusiasmados con tener a los gálatas como partidarios, por lo que mantenerlos alejados del apóstol era la única posibilidad de que fueran dueños de sí mismos. Pablo volvía a trabajar nuevamente con dolores de parto para que Cristo fuera formado en sus corazones. Un testimonio conmovedor de la energía de su amor cristiano y carácter divino. No lo debilitó la ingrata decepción, porque mediaba una distancia entre su origen y la atracción ejercida por los objetos. Moisés dijo: «¿he concebido a todo este pueblo para que tenga que llevarlo en mi vientre?». El apóstol está dispuesto a trabajar con ellos con dolores de parto una vez más.

Pero no sabe qué decirles. Le gustaría estar presente con ellos, que al verles pudiera hallar palabras apropiadas a su estado, pues habían olvidado recientemente el terreno cristiano. ¿Iban entonces, estando bajo la ley, a hacer caso de los mandamientos? En ella podían ver los dos sistemas, los tipos de Agar y de Sara: la primera tipificando la ley, que engendra servidumbre, y la segunda tipificando la libertad, pero no solo un tipo de libertad, sino la oportuna exclusión de la herencia del hijo de servidumbre. Los dos sistemas no podían estar juntos. El uno excluía al otro. El hijo de servidumbre era nacido según la carne, y el hijo liberto según la promesa. La ley y el pacto del Sinaí estaban relacionados con el hombre en la carne. El principio de esta relación del hombre con Dios, según la ley —si tales relaciones eran de algún modo concebibles— estaba formado entre el hombre carnal y el Dios justo. En cuanto al primero, la ley y los mandamientos eran solamente para esclavitud. Apuntaban a un dominio de la voluntad sin pretensión de cambiarla. Es de suma importancia comprender que el hombre bajo la ley es el hombre carnal. Cuando nace de nuevo, muere y resucita, no está ya bajo la ley, la cual tiene dominio sobre los hombres únicamente mientras viven. La lectura correcta es: «mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre», no «es *la* madre de todos nosotros». Está en contraste con la Jerusalén terrenal, que en un principio respondía al Sinaí. Démonos cuenta de que el apóstol no habla aquí de la violación de la ley, sino de su principio. La ley solo somete al hombre a un estado de esclavitud. Se impone a él, y al mismo tiempo es él quien se opone a esta ley. Por el hecho de tener voluntad propia, la ley y su voluntad entran en conflicto. La voluntad no es obediencia.

El versículo 27 presenta alguna dificultad para muchos, porque se confunde generalmente con Agar y Sara. Se trata de una consideración hecha por separado y sugerida por la idea de la Jerusalén celestial. El versículo es una cita de Isaías 54, en cuyo pasaje se celebra el gozo y la gloria de la Jerusalén terrenal al principio del milenio. El apóstol lo cita para demostrar que Jerusalén tuvo más hijos durante el tiempo de su desolación que cuando tuvo marido. En el milenio, Jehová el Señor será su esposo, como antes lo había sido. En el momento actual, ella está desolada y no puede engendrar. Sin embargo, posee muchos más hijos que cuando estaba desposada. Tales eran los caminos maravillosos de Dios. Cuando la tierra vuelva a tomar nuevamente su curso, todos los cristianos serán considerados hijos de la Jerusalén desolada y sin marido, pero los gálatas no tenían que reconocerla así porque Dios aún lo hiciera. Sara no estaba en realidad sin marido. Aquí se trata de un orden distinto de cosas. Jerusalén, desamparada y sola, tiene más hijos ahora que en los mejores años de su historia con Jehová como esposo. Respecto a la promesa, el evangelio salió de ella, pero no así la asamblea, que no es fruto de esta promesa, sino un consejo divino y oculto que las promesas nunca desvelaron. Su posición es todavía más elevada; pero aquí la enseñanza del apóstol no alcanza estas cotas. Nosotros somos los hijos de la promesa, no de la carne. El Israel carnal no podía aspirar sino a ser hijos de Abraham. La palabra de Dios expulsó al hijo de la esclava, nacido según la carne, para que no heredase con el hijo de la promesa. En cuanto a nosotros, somos hijos solo por promesa.

En la libertad de Cristo, que alude a la mujer libre y a la Jerusalén celestial, ellos tenían que perseverar sin ponerse otra vez bajo el yugo de la ley. Si tomaban este terreno, se hacían responsables de guardarla de una forma personal y completa, por tanto Cristo no iba a causarles ningún efecto. No podrían descansar en Su obra justa, ya que en cambio se adherían, para cumplirla de un modo responsable, a la justicia que es según la ley. Las dos cosas se contradicen. El resultado no es la gracia, en la cual ellos habían estado, pero la abandonaron para poder satisfacer las exigencias legales.

Sin embargo, esta no es la posición cristiana. El cristiano no busca la justicia ante Dios como si aún no la poseyera, pues Él es su justicia en Cristo y este la medida de dicha justicia. El Espíritu Santo mora en el cristiano y la fe descansa en esta justicia; asimismo Dios, y la fe, sustentada por el Espíritu Santo, que hace volver el corazón (afirmado en esta justicia) a la gloria que es su recompensa. Cristo ya disfruta de la gloria, a raíz de la cual sabemos de qué es merecedora la justicia. Por este motivo, y en virtud de la obra que cumplió, Cristo está en la gloria. Conocemos esta justicia en virtud de lo que él hizo, y porque Dios ha aceptado su obra y lo ha sentado a su diestra en el cielo. La gloria en la que está es su justo galardón y la prueba de esta justicia. El Espíritu revela la gloria y nos da el sello de la justicia, sobre la que se edifica la fe. Así es como lo expresa el apóstol: «nosotros, por el Espíritu, aguardamos en base de la fe la esperanza de la justicia (la gloria esperada)». Para nosotros se trata de la fe, pues todavía no poseemos la cosa que aguardamos. Cristo sí la posee, y por eso sabemos lo que estamos esperando. Es por el Espíritu que tenemos la seguridad de la justicia, que nos da derecho a poseerlo. No es la justicia lo que esperamos, sino su esperanza. En Cristo, ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino la fe movida por el amor. Debe existir una realidad moral.

El corazón del apóstol está compungido por el pensamiento de lo que ellos rechazaban y el daño que estaba causando esta doctrina. En medio de su argumento, hace esta interrupción: «corríais bien; ¿quién os impidió obedecer a la verdad?». Persuadirse de esta doctrina judaizante, que no dejaba de ser un error fatal, no era la obra de Aquel que los había llamado. No era así que vinieron a ser cristianos mediante la gracia. Un poco de levadura leuda toda la masa.

No obstante, el apóstol cobra nuevas fuerzas mirando siempre arriba. Al descansar en la gracia que Cristo muestra a los suyos, puede estar tranquilo respecto a los gálatas. Cuando pensaba en ellos tenía aún dudas, pero permanece confiado tras hacer subir su oración al cielo para que no tuvieran un doble ánimo. Liberado del mal por la gracia, como sucedía en el caso moral de los cristianos, estaba preparado para castigar toda desobediencia, porque los que sabían cómo tenían que obedecer habían sido llevados a la condición de obediencia. Todo corazón susceptible a la influencia de la verdad sería devuelto al poder verídico en Cristo, y los que en su actividad del mal los perturbaban con falsa doctrina, sujetando su voluntad a la propagación del error, llevarían su carga. Es muy motivador ver la inquietud con que el apóstol piensa acerca de los hombres —en el fruto de su amor por ellos—, y la confianza recuperada tras elevar el corazón al Señor. Su estilo tosco y las palabras inconexas muestran lo profundo de la actividad de su corazón. El error que separa el alma de Cristo era para él más terrible que los desafortunados frutos de una separación real. No hallamos los mismos rasgos desazonadores en la Epístola a los Corintios; aquí se trata del fundamento de todo. En el caso de los gálatas, la gloria del Cristo Salvador corría un grave peligro, pues era lo único que podía dar a las almas una relación con Dios. Por otra parte, la obra sistemática de Satanás era lanzar por la borda el evangelio de Cristo, necesario para la salvación de los hombres.

«Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía?», dice aquí. De hecho, eran los judíos quienes de costumbre provocaban la persecución que el apóstol sufría de parte de los gentiles. El espíritu del judaísmo —como ha venido ocurriendo en todas las épocas— y el espíritu religioso del hombre natural son el principal instrumento satánico para oponerse al evangelio. Si Cristo diera su sanción a la carne, el mundo entraría en componendas con esta religión, valorando la satisfacción que da. Pero de ser así, no llegaría de

un Cristo veraz. Él vino como testimonio de que el hombre natural está perdido, es malvado y está sin esperanza, muerto en sus delitos y pecados. La redención se hace necesaria, así como el nuevo hombre. Vino en gracia porque el hombre era incapaz de restaurarse, por lo tanto todo ha de ser por la pura gracia emanada de Dios. Aceptaríamos de buen grado que tuviera que lidiar con el viejo hombre, pero repito, no sería el Cristo que conocemos. Existen la conciencia y la necesidad de ser religioso, del prestigio de una antigua religión heredada de nuestros padres y, bien mirado, pervertida, la cual el príncipe del mundo utilizará para excitar la carne, enemiga avispada una vez despierta, de la religión espiritual que pronuncia la sentencia sobre ella.

Se trata siempre de añadir algo sobre Cristo. ¿Añadir qué? Si no son Cristo ni el nuevo hombre, es el hombre viejo y pecaminoso; y en vez de una redención consumada y necesaria, una vida totalmente nueva de lo alto, se obtiene un testimonio de que es posible sintetizar ambas cosas, de que la gracia no es necesaria si no es que se la auxilia, que el hombre no está muerto en sus delitos y pecados, que la carne no es esencialmente mala. Con estas premisas se supedita el nombre de Cristo al de la carne, la cual está encantada de adornarse con el crédito que da Su nombre, a fin de minar el evangelio. Aceptad solamente la circuncisión, la religión de la carne, y desaparecerán todos los problemas; el mundo aceptará vuestro evangelio, pero no será el evangelio cristiano. La cruz —esto es, la ruina total del hombre, que demuestra ser el enemigo de Dios— y la perfecta redención consumada por la gracia, serán siempre una piedra de tropiezo para alguien que desee mantener la credibilidad de la carne. «¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!», dice el apóstol al ver derrumbarse todo el evangelio ante esta artimaña y que las almas eran destruidas. ¿Qué hemos visto desde entonces? ¿Dónde está la indignación santa del apóstol?

Pablo aborda el punto de las consecuencias prácticas de esta doctrina y después explica cómo se relacionaba la doctrina de la gracia, que excluía a la ley, con un andar digno del pueblo de Dios. «Vosotros fuisteis llamados a libertad; solamente que no uséis la libertad como pretexto para la carne» (lo que la carne no tardaría en hacer). Dios dio la ley para convencer de pecado, y la carne la utilizaría para extraer de ella la justicia. Él actúa en gracia para sobreponernos al pecado y que no nos alcance, pues la carne se valdría de esta ocasión para pecar sin freno. Realmente libre del yugo del pecado, así como de su condenación, el cristiano busca servir a los demás en lugar de complacer su codicia. Cristo resucitado es su vida y justicia, y el Espíritu el poder y la guía en su camino hacia la gloria. Así, la ley se cumple sin necesidad de permanecer bajo su yugo; toda la ley, en la práctica, se resume en estas palabras: «amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Si dando oportunidad a la carne y atacando a los que no estaban circuncidados se devoraban unos a otros, tenían que permanecer alerta para no terminar consumiéndose. El apóstol va a darles algo más positivo: «digo, pues, andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne». No es poniéndose bajo la ley que uno tiene poder contra el pecado. Es el Espíritu —ofrecido en virtud de la ascensión de Cristo, nuestra justicia, a la diestra de Dios— lo que fortalece al cristiano. Los dos poderes, el carnal y el espiritual, son antagónicos. La carne lucha para entorpecer nuestro camino cuando queremos andar espiritualmente, y el Espíritu resiste las obras de la carne para detenerla en su propósito de hacer lo que quiere. Si somos guiados por él, no estamos bajo la ley. Cumplimos la verdadera santidad sin necesidad de la ley, puesto que la justicia no se basa en ella. Tampoco habrá ninguna dificultad cuando juzguemos entre lo que es carnal y espiritual; el apóstol enumera los tristes frutos de la carne y añade el testimonio firme de que quienes los practican no heredarán el reino de Dios. Los frutos del Espíritu son igual de evidentes en su carácter, y con toda seguridad no había ley contra tales cosas. Si andamos según el Espíritu, la ley no tendrá nada que condenar en nosotros. Los que son de Cristo han crucificado la carne y su codicia. Esto es lo que son como cristianos, lo que los hace distintos. Si estos gálatas querían realmente vivir, qué mejor manera de demostrarlo que caminando en el Espíritu.

Capítulo 6

La respuesta a los que intentaban y aún intentan introducir la ley para santificación y orientación, es la siguiente: la energía y la norma para la santidad están en el Espíritu, y este no es ningún don de la ley. Por tanto, es evidente que las pretensiones de querer observarla daban total libertad a la carne para jactarse. El cristiano no debía mostrarse deseoso de vanagloria y entrar en provocación con los demás, envidiando a unos y a otros. Si alguien era descuidado y cometía alguna falta, la parte del cristiano era la que le exigía restaurar a ese miembro de Cristo, amado por Él y los hermanos, con un espíritu manso, recordando que él mismo podía caer. Si lo que deseaban era una ley, aquí tenían una: soportarse mutuamente las cargas y cumplir la ley de Cristo, la norma de su vida terrenal. No es por la jactancia que se podía adquirir la gloria verdadera; eso era inducirse a engaño, dice el apóstol en un lenguaje que, aunque sencillo, desprende todo el enfado hacia los que obraban así. Estos legalistas se jactaban de sí mismos e imponían cargas a los demás, vestidos de su gloria judaica. Lo que era una carga para los otros, que encima no les ayudaban a llevar, era jactancia para ellos, porque se vanagloriaban de su judaísmo haciendo súbditos a los demás hombres. ¿En qué consistía su obra? ¿Habían trabajado realmente para el Señor? De ningún modo. Que la hubieran demostrado primero y entonces habrían tenido razón de gloriarse en lo que hacían, si es que realmente existía alguna obra cristiana de la que hubieran sido instrumentos. Esto no podía demostrarse con lo que estaban haciendo a la sazón, dado que era otro el que desempeñaba la obra de Cristo en Galacia. Al fin y al cabo, cada uno tenía que llevar su propia carga.

El apóstol añade algunas palabras más llenas de sentido práctico. Quien era enseñado, debía socorrer en las cosas temporales a aquellos que le enseñaban. Aunque la gracia era algo perfecto, y la redención completa —de modo que el creyente recibía el Espíritu Santo como señal—, Dios concedía mucha importancia al camino de un hombre, bien en la carne, bien en el Espíritu, lo que producía unos resultados inapelables. Los efectos seguirían a la causa; no podían burlarse de Dios profesando la gracia o el cristianismo si no andaban según su espíritu, guiados, en una palabra, por el Espíritu Santo, el poder práctico. De la carne segarían corrupción; del Espíritu, vida eterna. Pero como cristianos, debían tener paciencia para poder sembrar y no desanimarse a la hora de hacer el bien, dado que la siega era algo seguro. Los creyentes tenían que hacer bien a todos, especialmente a los de la familia de la fe.

Pablo escribió esta carta de su propia mano, algo inusual en él. Generalmente utilizaba a otros, como a Tercio para la Epístola a los Romanos, dictándoles lo que quería decir y añadiendo también su bendición acerca de la exactitud de las palabras que estaban escritas (1Co 16; 2Ts 3:17). Esto constituía una prueba extraordinaria de la importancia que el apóstol otorgaba a sus escritos, que no eran enviados como cartas ordinarias, sino impregnados de una autoridad que justificaba el empleo de este método. Estaban investidos de la autoridad apostólica. En este caso, lleno de pesar y con la sensación de que los fundamentos habían sido socavados, escribió la carta él mismo. Luego vuelve a tocar el asunto que le llevó a actuar así.

Los que deseaban frivolizar con la carne constreñían a los gentiles a que se circuncidaran, para evitar así la persecución que comportaba la doctrina de la cruz, la salvación gratuita por Cristo. Los circuncidados eran judíos, de una religión conocida y recibida en el mundo; pero si se convertían en discípulos de un Hombre crucificado, que fue colgado como malhechor y al que la gente confesaba como Salvador único, ¿cómo podían esperar que el mundo los recibiera? El vituperio de la cruz era la vida del cristianismo; el mundo había sido juzgado, muerto en su pecado. Su condenado príncipe tenía el imperio de la muerte, y era junto con sus seguidores el enemigo derrotado de Dios. En vista de un juicio así, el judaísmo parecía honorablemente sabio en opinión del mundo, por lo que Satanás se alzaría como miembro de la resistencia de la doctrina de un único Dios y aquellos que creían en ella se juntarían con sus anteriores adversarios, los adoradores de demonios, para poder resistir a este nuevo rival que arrojaba escarnio sobre la humanidad caída y la acusaba de rebeldía y de estar privada de la vida de Jesús. La cruz era la sentencia de muerte sobre la naturaleza. El judío en la carne se ofendía por ello,

mucho más que el gentil, porque perdía la gloria con la que fue ungido ante otros con motivo de su conocimiento del único Dios verdadero.

Al corazón carnal no le gustaba sufrir y perder la buena consideración en que el mundo le tenía, donde se permitía o toleraba cierta medida de luz por la gente de sentido común —y por personas sinceras, cuando no podían aspirar a más—, siempre que no afloraran las pretensiones que condenaban a todos y juzgaban lo que la carne deseaba y estimaba importante. Un compromiso que aceptase más o menos a la carne y no la juzgara muerta y perdida, que aunque fuera poco, reconociera que el mundo y ella eran su fundamento, eso sí lo aceptaba la gente. No se puede esperar que el mundo vaya a luchar contra la verdad que juzga las conciencias, pues antes abrazará una religión tolerante con su espíritu y adaptada a la carne, a la cual deseará evitar el doloroso sacrificio que debería hacer si no es puesta completamente de lado. El hombre se volverá un faquir y sacrificará su vida si con ello es el yo quien hace el sacrificio, y Dios no ha podido desarrollar una gracia que condene a la carne incapacitada de hacer el bien.

Los circuncidados no observaban la ley, lo que hubiera sido tedioso, pero sí desearon jactarse buscando prosélitos para su religión. En el mundo, el apóstol no ha visto nada sino vanidad, pecado y muerte. El espíritu mundano, del hombre carnal, estaba moralmente degradado, corrompido y era culpable, pues se jactaba de sí mismo y hacía caso omiso de Dios. En otros lugares, Pablo había visto la gracia, el amor, la pureza, la obediencia y dedicación a la gloria del Padre y a la felicidad de los pobres pecadores. La cruz declaraba estas dos cosas: decía lo que eran el hombre y Dios, y también lo que significaban la santidad y el amor divinos. Pero a ojos del mundo la cruz era una absoluta desgracia, despreciaba todo su orgullo. Fue otro el que lo llevó todo a cabo, costándole Su vida y soportando todos los sufrimientos posibles, de modo que el apóstol puede declarar sin rodeos los afectos de su corazón y sin jactarse de nada, todo lo contrario, negándose a sí mismo. No es en el yo que nos gloriamos cuando contemplamos la cruz de Cristo: uno está despojado de él. A ojos de Pablo, el mayor era el que colgaba de esa cruz. El mundo que le crucificó era considerado por el apóstol en su verdadero carácter, y al que sufrió en la cruz lo veía en Su auténtica condición. Esa cruz sería la gloria del apóstol y la dicha de que por este medio se contase muerto para el mundo, tenerlo crucificado y sin la dignidad que no merecía, sin estimar su honra. La fe en el Hijo de Dios crucificado vence al mundo.

Para el creyente, el mundo muestra su auténtica forma de ser, pues de hecho en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada —todo ha quedado atrás con el Cristo muerto—, sino una criatura nueva por la que consideramos todas las cosas como Dios las considera. Es a estos verdaderos hijos de Dios que el apóstol les desea paz. No era el Israel divino el circuncidado en la carne. Si hubiera habido alguien de este pueblo que hubiese tenido circuncidado el corazón, y se hubiera gloriado en la cruz, según los sentimientos de la nueva criatura, habrían sido llamados el Israel de Dios. Además, todo cristiano verdadero era de ellos de acuerdo con el espíritu de su camino.

Finalmente, que nadie fuese piedra de tropiezo al apóstol en su ministerio. Él llevaba los estigmas del Señor. Antiguamente, se hacían marcas en la piel de los esclavos con un hierro candente para indicar cuál era su condición. Las marcas que recibió el apóstol mostraban plenamente quién era su Maestro. Estaba, pues, en su derecho de llamarse siervo de Cristo, y esto no debía ponerse en duda. ¡Súplica emotiva de un corazón herido cuando cuestionaban su servicio por el Maestro que él amaba! Satanás, que fue además quien le imprimió estas marcas, debería reconocer, por cierto, las hermosas iniciales de Jesús.

Es el deseo del apóstol que la gracia esté con ellos —según el amor divino que a él le confortaba—, como almas amadas para Cristo, independientemente del estado en que se encontraran. Aquí no tenemos un corazón que se deshace en saludos afectuosos por los cristianos. Se trataba de un deber amoroso que él cumplió, pero en cuanto al resto, ¿qué lazos de afecto podía tener con personas que buscaban la gloria carnal y aceptaban lo que deshonoraba a Jesús y debilitaba la gloria de la cruz, hasta dejarla sin efecto? Sin mediar ningún deseo personal, quedó demostrada la corriente de los afectos. El corazón retornaba al Cristo

deshonrado, aunque amaba a aquellos que eran suyos. Este es el sentimiento real que contienen los últimos versículos de la epístola.

En Gálatas tenemos a Cristo viviendo en nosotros, en contraste con la carne o el yo en la carne. En su vertiente sistemática, la verdad no presenta al creyente en Cristo ni a este en el creyente, sino el estado práctico del cristiano, al final del capítulo 2. Por otro lado, la epístola habla de un juicio sobre el retorno al judaísmo, un sistema idéntico a la idolatría de los paganos. La ley y el hombre en la carne eran correlativos. La ley se introdujo entre la promesa y la Semilla. Esto constituía una prueba muy sólida para el hombre, que al llevarlo al conocimiento verdadero le sujetaba a muerte y le condenaba. En Cristo hecho pecado, todo fue plenamente satisfecho, por gracia, en la cruz, el fin mortal del hombre carnal y del pecado. Todo regreso a la ley significaba abandonar tanto la promesa como la obra de la gracia cristiana, volver otra vez a la carne, que puso de manifiesto su pecaminosidad y perdición, como si pudiera existir alguna relación entre ella y Dios que negase la gracia, el efecto legal y el estado humano, probados en la cruz. Esto era paganismo. La observancia de los días y los años, que cautivaba al hombre carnal, no era el final del viejo hombre en la cruz. En ella tenemos a Cristo como nuestra vida, pues de lo contrario la muerte nos dejaría, claro está, sin esperanza. Pero no tenemos en la epístola la condición del cristiano (nosotros en Cristo y él en nosotros). Es el estudio de la obra lo que nos lleva al terreno en que el hombre permanece, y a uno de vital importancia en este sentido. El hombre carnal es totalmente ajeno a toda relación con Dios, por lo que ninguna otra puede formarse. Tiene que haber una nueva creación.